

Mónica Rodríguez

Alma y la isla

Ilustraciones de Ester García



XIII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Mónica Rodríguez

Alma y la isla

Ilustraciones de **Ester García**



**XIII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL**

ANAYA

© Del texto: Mónica Rodríguez, 2016
© De las ilustraciones: Ester García, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, abril 2016

ISBN: 978-84-698-0888-7
Depósito legal: M-2659-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	18
Capítulo 5	20
Capítulo 6	23
Capítulo 7	25
Capítulo 8	27
Capítulo 9	29
Capítulo 10	33
Capítulo 11	34
Capítulo 12	36
Capítulo 13	40
Capítulo 14	42
Capítulo 15	44
Capítulo 16	47
Capítulo 17	50
Capítulo 18	52

Capítulo 19	58
Capítulo 20	61
Capítulo 21	63
Capítulo 22	67
Capítulo 23	70
Capítulo 24	71
Capítulo 25	73
Capítulo 26	75
Capítulo 27	77
Capítulo 28	79
Capítulo 29	81
Capítulo 30	84
Capítulo 31	86
Capítulo 32	88
Capítulo 33	91
Capítulo 34	96
Capítulo 35	98
Capítulo 36	102
Capítulo 37	104
Capítulo 38	106
Capítulo 39	108
Capítulo 40	109
Capítulo 41	110
Capítulo 42	112
Capítulo 43	114
Apéndice	117

1

LLEGÓ DE LA mano de mi padre. Era muy negra. Solo se le veían los ojos blancos y asustados y los bucles cayéndole por las mejillas.

Para llegar hasta aquí había hecho un viaje muy largo. Yo lo sabía. Pero a mí solo me parecía un demonio.

Ella se escondió detrás de mi padre. Hubo un momento de forcejeo y yo vi la cabeza rizada agitarse y el brillo fugaz de una dentadura blanca y perfecta. Después, todo fue oscuridad en su rostro. Ni siquiera se le veía el blanco de los ojos. Apretaba los párpados muy fuerte y temblaba. Hablaba en un idioma extraño, incomprensible.

Había llegado del mar y las casas de acogida estaban atestadas.

Mi padre, que es pescador y que la había sacado de las aguas, decidió traerla a casa.

A veces, algunos pescadores hacían eso: se llevaban a niños que venían del mar a sus casas hasta encontrar una solución.

Nadie sabía su nombre, pero mi padre dijo que se llamaba Alma.





LA MAYORÍA DE la gente de la isla se dedica a la pesca, pero también hay pequeños agricultores, comercios, ebanistas. Las calles del puerto descienden en un zigzagueante remolino y van a dar al mar.

El azul lo rodea todo, llena las calles con su olor penetrante y profundo. En sus rincones y sus aguas crecieron mis hermanos y eran alegres, revoltosos como la espuma que rompe contra los farallones. Entonces el viento era aún apacible y también el mar. Las barcas de colores de los pescadores se balanceaban suavemente en la bahía. A veces, las gaviotas trazaban círculos; otras, se posaban sobre las proas o los puentes y picoteaban los restos de pescado.

Toda la isla respiraba al ritmo del azul.

Así son las islas del Mediterráneo.

Al atardecer, las mujeres se sentaban en sus sillas de caña, rodeadas del viento y del azul

que entonces se oscurecía. Algunas remallaban redes, cosían y hablaban. Otras, como mi madre, acunaban al menor de sus hijos entre los brazos. Y ese era yo, Otto, una criatura gordozuela a la que todos contemplaban. De cuando en cuando, las mujeres levantaban la vista hacia la tarde impenetrable, hacia el mar que era su vida y su descanso. Chismorreaban sobre la gente de la isla, sobre las últimas mareas y, cuando todo era casi negro y las estrellas se apretaban en lo alto, narraban historias fabulosas.

Se sentían seguras mirando aquel mar.

Escuchando su arrullo.

Mi abuela era de las que mejor contaba. Se apretaba en su chal y miraba con aquellos ojos que guardaban mucho de lo azul y que eran pequeños y brillantes, escondidos en el ovillo de sus párpados llenos de arrugas.

Su voz era la voz de todas las mujeres que habían contado antes que ella.

Mis hermanos la escuchaban fascinados, con las mejillas encendidas por el viento y por el bullicio del día, hasta caer rendidos en un sueño protector. Aquella voz y el alegre alboroto de mis hermanos, que eran muchos y todos chicos, acompañaron mis primeros años.

Entonces los hombres no estaban presentes. Se iban a los bares del puerto y fanfarroneaban



sobre sus capturas, bebiéndose a traguitos el vino dulce de la isla. Los niños mayores decidían pronto cambiar el círculo de mujeres por el desorden de los hombres. Al principio no les gustaba. Pero era la vida, y a la vida uno acaba acostumbrándose, como dice mi padre.

Había también una parroquia a la que se acudía los domingos. Al cura, como al maestro, se le tenía mucho respeto. Nos gustaba el sonido de las campanadas de la iglesia.

Todo era hermoso como una infancia inacabable.

Y entonces, empezaron a llegar.